

Territorio imaginario

Compilación de Relatos
Taller de Escritura Creativa
(2018)

BIBLIOTECAS
Puente Alto
GOBIERNO COMUNAL

Territorio Imaginario

Compilación de Relatos

Taller de Escritura Creativa (2018)

N°2 – Serie Relatos Puentealtinos

Abril de 2019

www.cmpuentealto.cl

www.centrobibliotecario.cl

*Fotografía de la portada: Escolares en buses transformados en salas de clases,
en San Gerónimo (1971) "Colección Museo Histórico Nacional".*

Territorio imaginario

Compilación de Relatos
Taller de Escritura Creativa

Serie Relatos Puentealtinos
2019
Centro Bibliotecario de Puente Alto

Este libro digital ha sido elaborado por
el Centro Bibliotecario
con fines educativos, culturales
y de difusión del patrimonio literario de Puente Alto

ÍNDICE

- 01. Golpe de Timón* *Eric Soto Lavín*
- 02. Ella María* *Abelardo Ahumada Varas*
- 03. Esperando el pésame* *Nancy Olivero León*
- 04. Carta a la madre* *Carlos Cabezas Gálvez*
- 05. La Mujer y el espejo* *Gloria Cordero Valle*
- 06. La pobreza* *Angélica Oñate*
- 07. Villa Oveja Mansa* *Elizabeth Carrizo Catalán*

PRÓLOGO

Esta es la segunda publicación de la serie Relatos Puentealtinos, compilación de relatos creados dentro del marco del taller de escritura creativa “El Poder de la imaginación” realizado durante el primer semestre del año 2018 en el Centro Bibliotecario de Puente Alto.

Los siete relatos que conforman esta recopilación están ligados por experiencias personales que se extrapolaron por medio de ejercicios que potencian la imaginación, lo que logró desprender el germen de la idea original y llevarlo a un nuevo relato producto de su propia creación.

En el taller se abordó, con los vecinos de Puente Alto que participaron en él, variados aspectos de la escritura: géneros literarios, capacidades expresivas, voces de narradores, ética y estética del relato, atmósfera en la literatura y realizó ejercicios basados en las experiencias de Gianni Rodari en su libro “Gramática de la fantasía”, y prácticas de la agrupación de escritores OULIPO.

En esta compilación de relatos se pueden apreciar distintos tipos de estilos narrativos que responden a las particulares imaginaciones de sus autores. Algunos son más cercanos al cuento, otros al relato testimonial y otros al monólogo.

“TERRITORIO IMAGINARIO” es parte del patrimonio de Puente Alto, que revive gracias a sus vecinos, lo que nos permite preservar y difundir su trabajo creativo.

Relato.01

Golpe de timón

Eric Soto Lavín

Era pasado el mediodía cuando, efectuado ya un breve paseo por los alrededores de la vieja plaza del Guerrillero, ahora rebosante de frondosos arbustos y pasto sintéticos, decidí dirigirme hacia mi antigua casa. Sin embargo, a pesar de que todavía me sentía debilitado a causa de los sucesos previos, resolví internarme hacia el oriente caminando a través de aquellas inseguras calles... ahora pletóricas de gigantes anuncios luminosos, grafiti, mosaicos y desperdicios por doquier.

Las variopintas personas me miraron de un modo extraño, acaso con desconfianza. Empero, supuse que se debía a la ausencia de colores chillones en mi vestuario. No siempre es fácil regresar al sitio donde uno vivió treinta años antes. Se pierden las referencias de antaño y uno se desorienta.

La antigua calle Santa Elena ahora ostentaba el nombre de un alcalde de comienzos del siglo XXI. Doblé por allí hacia el norte a fin de evitar internarme en el barrio colombiano. Había pasado mucho tiempo, pero todavía desconfiaba de ellos; y los guardias armados deambulando en las bocacalles ahora sólo acrecentaron dicha desconfianza.

Un par de cuadras más adelante retomé mi ruta hacia el oriente por Eduardo Cordero y en un dos por tres, doblando hacia el norte una vez más, ingresé al que había sido mi pasaje. Las antiguas casas se veían diferentes y casi todas lucían un segundo e incluso un tercer piso. Sin embargo, todavía quedaba en pie una que otra sin modificar, quizás como sutil muestra del patrimonio de mi época.

Al momento de internarme en el pasaje, escuché un rechinar de ruedas sobre el pavimento y vislumbré un estrafalario vehículo todo pintarrajeado: era un taxi. Y en aquel preciso instante, el taxista abrió la escotilla que había en el techo, sacó su cabeza al exterior y le gritó una sarta de insultos desconocidos a un transeúnte afro-chileno que no había respetado la luz amarilla. Al parecer, las costumbres no habían cambiado en demasía.

Avancé algunos cuantos pasos y en la medianía de la cuadra quedé estupefacto al reconocer mi propia casa que, en estricto rigor, apenas era ya perceptible: un robusto entramado vegetal la cubría casi en perfecta completitud, tanto el borde del terreno como la casa misma. Y una multitud de pájaros había hecho de ésta su madriguera, quizás como curiosa simbiosis. También observé algunas plantas suculentas, de esas gorditas con espinas de las que nunca supe su verdadero

nombre.

Con algo de dificultad, mientras una extraña sensación de hormigueo recorría todo mi cuerpo, muy similar al que uno advierte cuando cree sentirse observado, me detuve un momento para escrutar con mayor detalle todo aquel extraño fenómeno. Era innegable que la hiedra se había apoderado de toda mi antigua propiedad.

Una cierta inquietud comenzó de inmediato a rondar al interior de mi mente. Sin embargo, antes de hacer algo apresurado, comencé a racionalizar todo aquel suceso. Y dado que siempre me gusta pensar muy bien mis decisiones y actuar en forma lógica, en muy pocos segundos esbocé los pasos a seguir.

Por lo mismo, lo primero sería averiguar lo sucedido. Observé en todas direcciones hasta que detecté a un hombre de pelo cano y piel rosada que se entretenía en su antejardín regando las plantitas. Sin embargo, al momento de observarme, abrió los ojos en forma desmesurada e ingresó casi corriendo a su casa, cerrando la puerta de un golpe que retumbó en mis oídos. Su rostro me pareció vagamente familiar.

Segundos más tarde, una joven y morena muchacha salió de la misma casa. Era esbelta y de facciones negroides pero finas.

—Bonjou —me dijo, echando una furtiva mirada hacia el interior de la casa—. Quería disculparme por el granpapa.

—No se preocupe. ¿Está bien?

—Wi, de vez en cuando reacciona konsa... así —rectificó al notar que la miraba con extrañeza—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Estaba observando esta casa —señalé hacia mi antiguo hogar—. ¿Sabe lo que ocurrió?

En pocas y rebuscadas palabras, la muchacha me dijo que era una historia muy antigua, acaecida mucho antes de que ella naciera. Y que tenía relación con un hecho bastante macabro...

El último dueño conocido, que rara vez se preocupaba del jardín, había comentado a los vecinos que haría muchos cambios para remodelar su casa, viéndose obligado a cortar ciertas plantas... y arrancar de cuajo muchas otras. Lo había estado comentando durante una semana o poco menos y de pronto, en una de aquellas noches, una extraña actividad comenzó a vislumbrarse al interior de la propiedad...

Es decir, sombras rastreras escurriéndose de un lado para otro, crujidos, muchos crujidos; y justo a la medianoche, al instante de escucharse el frenético tañido de una campana en lontananza, también se oyeron espantosos alaridos que nunca lograron ser explicados.

Y al día siguiente los vecinos observaron consternados que la hiedra había crecido en forma desmesurada... abarcando casi todo el jardín y gran parte de

la casa. Sin embargo, nunca fue posible hallar los cuerpos de los dueños de casa. La policía se apersonó aquella misma tarde, forzaron la puerta e ingresaron al domicilio, y no encontraron a nadie: fue como si la tierra se los hubiera tragado o nunca hubiesen existido. También entraron algunos vecinos en busca de algún souvenir, pero después de eso ya nadie logró ingresar porque la hiedra continuó creciendo, engrosando sus tallos y alargando sus guías, como si un soplo mágico la estuviera insuflando desde lo más profundo de sus raíces o tal vez desde el Infierno mismo...

Todo a vista y paciencia de los vecinos y curiosos.

Y la hiedra continuó creciendo hasta que ya no hubo espacio ni siquiera para atisbar hacia al interior.

Me despedí de la gentil y educada muchacha, y completé mis observaciones antes de dirigirme a las afueras de la ciudad, más precisamente hasta el sitio eriazos donde algún día se levantó El Castellón y a tan sólo unas tres o cuatro cuadras del actual Museo Patrimonial Edison Carreño Ulloa; es decir, el mismo lugar desde el que había iniciado el curioso periplo de aquel día en particular.

Vislumbé con cierta tristeza los enrejados restos patrimoniales de El Castellón, ya casi indistinguibles de la tierra misma. Enseguida observé la hora en el reloj suizo que había obtenido como premio hacía mucho tiempo en la universidad... poco después de elaborar la teoría de los flujos temporales que me había hecho famoso durante una semana, mucho menos de lo que duraba un escándalo de alguna «celebridad» en aquel entonces.

Luego de verificar la total ausencia de curiosos en las cercanías y de colocarme el traje térmico metalizado, ratifiqué dos o tres veces los parámetros ambientales, programé mi regreso a casa y activé el dispositivo adosado a mi brazo izquierdo a la altura de la esvástica. Sin embargo, con el único fin de evitar posibles paradojas de aquellas que asustan a los principiantes, programé mi regreso para una semana más tarde desde mi fecha de salida. Nunca está de más ser precavido. Y es sabido que en esto de los viajes temporales la aceleración nunca es constante. En lengua vernácula, no deseaba encontrarme conmigo mismo.

Instantes más tarde, mientras intentaba orientarme una vez más en aquellos suburbios, resolví dirigirme hacia el centro de Puente Alto. Empero, mis músculos estaban todavía agarrotados y un malestar envolvente me afectaba de pies a cabeza. Por lo mismo, busqué un punto de apoyo y observé en derredor. Enseguida, me senté sobre un bloque de concreto distante a tan sólo un par de pasos y descansé durante una media hora o poco menos, observando el paso de los vehículos y de las personas. Todo parecía normal.

Cuando el alma retornó a mi cuerpo, dirigí mis cautos pasos hacia mi casa donde, si la suerte permanecía a mi lado, Maura estaría esperándome ansiosa. Le había dicho poco antes de salir que tardaría una semana poco más o menos en regresar.

Y a pesar de que el tramo a recorrer era extremadamente corto, una media hora más tarde llegaba finalmente hasta mi hogar.

De inmediato desactivé la cerradura exterior y, no sin cierto temor, ingresé a mis dominios. Al parecer, todo estaba en orden. Sin embargo, un breve escalofrío recorrió toda mi piel cuando pasé junto a la hiedra que, silenciosa y apenas mecida por el viento, parecía sólo vegetar su existencia.

—Hola, mi amor —me dijo mi compañera al momento de transponer la puerta.

—Hola —respondí, y ambos nos besamos como si hubiésemos estado distanciados unos treinta años o algo más aunque, en estricto rigor, para ella sólo habían transcurrido siete días y para mí unas cuantas horas.

Enseguida nos sentamos en el sofá. Necesitaba descansar durante un instante.

— ¿Cómo estuvo el viaje?

—Bien —respondí lacónico. No deseaba preocuparla.

— ¿Me contarás lo que sucedió?

—Sí, pero tendrás que esperar hasta mañana.

— ¿Por qué? —Maura parecía contrariada.

—Primero debo hacer algo en el jardín.

— ¿Ahora?

—Sí, lo antes posible —aclaré—. Mañana te diré la razón.

—Bueno —ella asintió y al instante preguntó—. ¿Quieres comer algo?

—Sí —asentí mientras me estiraba—. Pero nada muy complicado. Recuerda que mi organismo todavía no está a punto.

—Espérame, vuelvo enseguida —y partió de inmediato en dirección a la cocina. En aquel momento, mientras la veía alejarse, pensé en lo afortunado que yo había sido al conocerla. Y en definitiva, al compartir mi vida con la suya.

Algunos minutos más tarde, ella regresaba con un pequeño y simple refrigerio que ambos no tardamos en devorar. Entonces, sacando fuerzas de flaqueza, me levanté del sofá.

—El deber me llama —anuncié. Todavía me sentía muy cansado, pero el tentempié había tranquilizado un poco las mariposas en mi estómago e intestinos. Maura asintió mediante un breve gesto.

Por lo mismo, me estiré una vez más y de inmediato puse manos a la obra. Fui al cuarto de las herramientas en busca de lo necesario para extirpar toda posible amenaza desde nuestro jardín. Me gustaban mucho las plantas, en particular las hiedras; pero, debido a mis obligaciones en la universidad, había pasado mucho tiempo desde la última vez que había trabajado entre ellas. Y ahora debía hacer algo que indudablemente no me agradaba.

Comencé desmalezando todo el sector transitable y el interior de los parterres, y poco a poco el jardín comenzó a presentar un nuevo aspecto. Enseguida retiré los restos orgánicos que se habían ido acumulando en las cercanías y resolví

continuar con la hiedra. Corté los nuevos brotes que ya habían cubierto gran parte del suelo, incluso la entrada al garaje. Después comencé a podar las ramas aéreas que, en muchos sitios, ostentaban numerosos racimos de pequeños frutos negros. Nunca antes me había fijado en ellos. A continuación seguiría con el resto de la estructura más sólida y con la hiedra que había en el traspatio. Sin embargo, no pude concluir la tarea que me había impuesto para dicha tarde. Oscurecía y además estaba aún demasiado exhausto después de aquella jornada que, muy a mi pesar, todavía no finalizaba.

Según los pocos estudios empíricos al respecto, para evitar un «jetlag» crónico era aconsejable esperar por lo menos dos o tres días antes de efectuar un segundo salto temporal. Y por lo mismo, dos viajes en un mismo día, a escasas horas el uno del otro, podrían tener funestas consecuencias para el viajero. Es decir, aunque mi condición física era todavía excelente para una persona de mi edad —entonces frisaba los treinta y cinco años—, necesariamente debía descansar durante algunas horas antes de recuperar todas mis fuerzas. Los seres humanos todavía somos una especie muy condicionada a su propio medioambiente y aquello nos limita demasiado.

Más tarde, recién me había acostado en mi tibia cama cuando escuché un extraño crujido en el exterior de la casa y, con todos mis sentidos en estado de alerta, me reincorporé a medias. Esto de vivir en Puente Alto, aunque sólo sea por el estigma social impuesto hacía poco menos de un año por los medios de comunicación, me mantenía desde entonces con el alma en vilo durante gran parte de las noches.

— ¿Qué sucede? —me preguntó Maura.

—Escuché un ruido. ¿No lo escuchaste?

—No. ¿Qué piensas hacer? —Ella estaba preocupada.

—Echaré un vistazo —respondí—. Sólo eso.

—Bueno, pero ten mucho cuidado.

—No te preocupes —aseguré—, siempre lo tengo.

Después de abrigarme y colocarme los zapatos, descorrí todos los cerrojos y con cautela salí hacia el exterior. La noche estaba muy negra y fría. No había estrellas en el firmamento y la luna brillaba por su ausencia. Poco a poco me ambienté y, mientras una nube de vapor envolvía a medias mi rostro, descubrí la causa del crujido: había un par de gatos agazapados en el antejardín, ambos dispuestos a pelear o por lo menos a marcar presencia. Por lo mismo, no me quedó otra opción que abrir el grifo y rociarlos con agua para que se escabulleran en busca de otro jardín donde medir fuerzas.

Luego de verificar que todo estuviese en su lugar, ingresé a la casa y activé todos los cerrojos de protección. Regresé hasta mi habitación y me acosté nuevamente junto a mi compañera.

— ¿Pasaba algo? —me preguntó.

En breves palabras le expliqué lo ocurrido.

— ¡Malditos gatos! ¿Y qué podemos hacer?

—No lo sé, mañana veremos... ¿Te parece?

—Sí —asintió ella—, pero ahora...

Enseguida desapareció entre las sábanas y, segundos más tarde, una antigua y hermosa Venus emergió en medio de la cama. Después me destapó a medias y, encaramándose sobre mí, inició algunos sensuales y sinuosos movimientos que me sorprendieron por su plasticidad. Era un lenguaje corporal que nunca antes había presenciado con tal fluidez y, quizás por lo mismo, en esta ocasión sólo me dejé llevar durante algunos minutos. Sin embargo, todavía estaba muy cansado y ella, al notarlo, se acurrucó junto a mí hasta que ambos nos quedamos dormidos. Y allí estuvo mi error pues, pasada la medianoche, escuché una interminable sucesión de crujidos al exterior de la casa que al instante me causó una inefable preocupación. No era para menos después de lo que había presenciado a tan sólo tres décadas en el futuro. Intenté reincorporarme sobre la cama para despertar a Maura, pero fue imposible al sentirme aferrado con fuerza debido a unas tensas ramas sarmentosas que poco a poco iban engrosándose mientras el resto del follaje englobaba todo mi cuerpo.

Entonces, mientras escuchaba el desgarrador alarido de mi compañera, poco a poco fui advirtiendo como unas diminutas raíces se introducían a través de casi todos los poros de mi cuerpo, en la natural búsqueda de los nutrientes necesarios para el futuro desarrollo de la hiedra. Además, al conocer previamente lo ocurrido en el futuro, sin desearlo había actuado de manera tal que este suceso fuese del todo inevitable.



Relato.02

Ella María

Abelardo Ahumada Varas

Recuerdo cuando regresé a visitar a mi familia después de veinte años de ausencia, todos los conocidos quedaron sorprendidos de la nueva Ella que se presentaba ante sus ojos, la Ella, como me decían. Siendo la misma aparecí como una mujer distinta, con una imagen muy diferente de aquella que había partido. Aunque todos quedaron tranquilos al constatar que seguía siendo creyente católica hasta la beatería, porque conservaba una rigurosa observancia religiosa asistiendo a misa todos los días. Además vestía recatada, hombros cubiertos, falda bajo la rodilla, el pelo recogido y con esos toscos zapatos redondos de medio taco adquiría un aire monjil que acentuaba al cuidar mi lenguaje y comportamiento. Porque si de niña era piadosa ahora lo enfatizaba más fervor.

Con todo, familiares y conocidos no terminaban de reconocermé y habían quedado con la boca abierta al ver el cambio radical en mi físico y personalidad cuando llegué. Ellos me recordaban como la joven morena de un metro sesenta, crespas de rizo pequeño, frente estrecha, ojos y nariz reducidos, voluminosa aunque con cintura de avispa que resaltaban mis gruesas piernas - no quiero recordar que alguna vez dijeron que mis piernas parecían jamones - y mis pechos generosos; tímida, de caminar encorvado intentando disminuir el cuerpo, caminaba mirando hacia el suelo, con un hilo de voz al responder.

El asombro llegó al estupor cuando me reconocieron, porque la antigua joven no tenía nada que ver que ver con esta mujer de ahora que si bien físicamente era la misma, sin embargo me había transformado en otra, porque ellas y ellos no sabían a qué artes había recurrido para tener el pelo largo y liso, una frente amplia y delgadas cejas que destacaban mis ojos agrandándolos, y porque vestía con ropas que si bien eran sobrias parecían hechas a la medida, diferentes vestidos que destacaban lo atractivo y estilizaba mi figura. Mi regreso había ocurrido hacía poco más de un año y medio, llegué sonriendo con cierta timidez porque no sabía cómo me iban a recibir, aun cuando siempre envié remesas de dinero para mis padres. Fui bien recibida, sin embargo les dije que no había vuelto para quedarme, que más bien era un tiempo sabático que me debía a para regalarme con los míos. Sin caer en excesos había traído regalos, suponían que manejaba algún dinero y que no dependía de nadie. Sin embargo con extrañeza me veían ausentar una vez al mes partiendo un día temprano para regresar tres o cuatro días más tarde, me iba sin ocultarlo, pero sin dar cuentas de dónde iba

ni para qué lo hacía.

Nadie antes de mi partida había podido entrever el volcán que ocultaba detrás de esa antigua disminuida apariencia. Largo tiempo medité mi situación, y de tanto pensar en los deseos de volar lejos llegué a ver que la libertad personal es la capacidad de decidir y arriesgarse por lo que uno cree. Renunciaba a la seguridad que tenía para lograr algo que podía ser mejor o peor, no me importaba, porque estaría viviendo mi libertad. Fue un largo proceso de discernimiento venciendo temores hasta que me convencí que era lo mejor, entonces en pleno uso de mi libertad, usando mi voluntad para pasar por encima de mis miedos, me decidí y ejecuté mis convicciones actuando.

Así fue como de un día para otro desaparecí del pueblo dejando una breve esquila avisando que partía en busca de mejor trabajo, sin entregar información de mi destino de llegada ni el tiempo que duraría mi ausencia. De madrugada había partido de ese pueblo perdido en los cerros de la cordillera al interior de Talca, más bien huido de un pueblo chico aunque para mí un infierno grande. En ese lugar no tenía futuro, nunca lograría estar en los brazos del hombre que amaba en secreto, tampoco una mejor situación económica, por lo que actué. No sabía qué iba a hacer, ni cómo me iba a mantener, con los ahorros calculaba que podía, estirando los billetes, durar diez días viviendo sola. Ya iría viendo en el camino. Hoy puedo decir que seguí la intuición de mi fuego interno, deseos de vivir libre y plenamente.

Aprendí que la vida nos depara sorpresas, porque había sucedido que mientras viajaba hacia la lejana Antofagasta, ciudad que sería mi destino final, necesitaba distanciarme lo más posible del pueblo y de mi gente. Sentía la incertidumbre de un destino incierto, mis sentimientos oscilaban entre un miedo espantoso y una ansiosa curiosidad por ver un mundo distinto como lo sería vivir en medio del desierto de Atacama. Iba pensando, interrogándome, no sabiendo qué iba a ser de mí ni lo que me esperaba. Ensimismada repetía para mis adentros una autocompasiva letanía hecha de un rosario de defectos aprendidos desde siempre: – ¡Pobre, fea, sin plata ni profesión!

- ¿Se habrá visto situación más triste que la mía?

- ¡Pero no voy a llorar! No voy a dar un espectáculo aquí... y de qué me quejo, si al final ha sido mi decisión tomar este camino y tengo que asumirlo.

- Veamos, por algo se empieza: tengo cursado hasta Cuarto Medio, que no es poco, hablo bien, escribo rápido en una computadora, cocino bien. No, si tampoco soy tan bruta.

Sin embargo, en el inicio de aquel viaje de mil trescientos cincuenta kilómetros había ocurrido aquel encuentro que marcaría mi vida, porque me transformó hasta llegar a ser la que ahora soy.

Mientras el bus se detenía para recoger pasajeros en Rancagua, iba enrollada en

mis pensamientos y temerosa por el camino que emprendía. De pronto había sentido que a mi lado se sentaba alguien voluminoso y una gruesa y tibia pierna de varón rozaba la mía haciéndome estremecer, insegura no me atreví a mirar hacia el lado. Entonces escuché una voz amable que me preguntaba si estaba cómoda. Sorprendida, me volví para ver sentado a mi lado a un hombre fornido, cercano a los cuarenta años, bien vestido, con voz extranjera y cantarina que salía de unos labios gruesos ocultos a primera vista por unos bigotes tipo Pancho Villa. Lo miré a los ojos y nos miramos. Creo que ese encuentro de una mirada cándida y sorprendida con la mirada franca, amable, aunque también ladina y vivaracha de aquel varón, provocó en nosotros un embeleso en el que quedamos perdidos en la mirada del otro, situación que nos hizo olvidar en dónde estábamos, tal vez largos minutos o sólo un par de segundos que bastaron para que yo perdiera la proporción de las cosas y que arrasó con todas mis prudencias de niña de pueblo. El colombiano me dio su nombre, edad, estado civil. Me contó de su vida de vendedor viajero de quién sabía qué ilusiones que a mí, la verdad sea dicha me importaron un comino, porque estaba anonadada por la presencia y cercanía de este compañero de viaje, quién no podía dejar de presionar su pierna con la mía, ni su hombro con mi hombro, y cuando adelantaba su rostro para enfatizar algo, su aliento, calidez y aroma masculino me embriagaba. Durante el camino hizo gala de delicadezas y atenciones, como bajar a comer en algunas paradas, y café, bebidas y dulces, además de otros embelecios, siempre con trato respetuoso y galante que nunca nadie me había brindado.

Juan María Ledesma, mi amor de siempre, el hombre que me amó como era y que me ayudó a descubrirme y a transformarme. Porque este galán, que mucho tiempo después me confesó que se había enamorado de mi rústica sencillez, como a veces repetía riendo feliz, supo descubrir la belleza escondida en una muchacha poco favorecida en el reparto de atributos con que la diosa Afrodita dotaba a las mujeres.

Reconozco que fui decidida, lo pensé hartito en el camino, tan tonta no soy.

- ¿Y si éste me ofrece ir juntos a la cama?

Por eso en la llegada a Antofagasta no lo dudé, ocurrió que del bus al hotel y de las noches y días de amor desenfrenado en las que descubriendo los goces de mi cuerpo la verdad sea dicha puse en serios aprietos a mí galán que se daba por muy sabido en las cosas del amor. Vaya yo a saber qué genes de matriarcas fogosas había heredado, sólo que estaba sorprendida de la capacidad de placer ilimitado que había en mí. Por eso fue que este colombiano vividor quedó convertido en un manso cordero siempre agotado por su empeño en cubrir las demandas de su enamorada.

Aunque dicen que todo tiene su final, para mí fue el comienzo interminable de una arriesgada vida aventurera que hasta ese presente había

sabido sortear y hacerme un nombre en el mundo del hampa internacional. Porque mi adorado vendedor viajero en realidad era un traficante que viajaba llevando y trayendo cuanta droga, joyas robadas, o encargos de pinturas famosas podía trasladar. A mí, que en principio había pensado embaucarme y ponerme como burrera cargando drogas en mi vientre yendo de allá para acá, sucumbió a mis encantos de mujer que no terminaba nunca de sorprenderse y de aprender, entonces pensó que era mejor aparecer como un respetable matrimonio en vez de un delincuente solitario. Teniendo más mundo hizo que aprendiera idiomas por correspondencia, estudiara gestos y lenguaje de las mujeres viajadas, un largo tratamiento para extirpar un centímetro de ancho de mi frondosa cabellera logrando despejar mi frente además de un misterioso tratamiento que me dejó el pelo liso para siempre, también delineando mis cejas, sacando algunas muelas para adelgazar mi rostro, una que otra liposucción y vistiendo ropas de marca. Yo, a mi vez encantada de rehacerme y también de rehacerlo, porque lo obligué a sacarse el bigote de bandido mexicano, hice que le recortaran las cejas frondosas y que bajara de peso logrando así un atlético varón que no desmerecía ante la opulenta, aunque sin embargo refinada mujer en la que me había convertido. Sé que me veo elegante con cualquier prenda, modestamente caminando subida en tacos altos he adquirido un porte de reina camino de su trono, lo que me entrega una aureola de distinción natural. Nadie al verme dudaría de una procedencia de clase alta.

Por veinte años logramos un ensamble armonioso en el amor, dos hijos que estudian y que viven en Miami con mi suegra, y un trabajo perfeccionado en las artes del robo y del contrabando. Hasta que hace un año y medio atrás a Juan María lo atraparon con joyas robadas, fue condenado a dos años en una cárcel en la ciudad de Milán, en tanto buscaban a una mujer rubia de anteojos pote de botella, que en realidad soy yo que siempre actué disfrazada. Pero, sabiendo que estaba encargada por la Interpol, dejé de ver a mis hijos para llegar a fondearme al pueblo donde nací.

Esa situación explicaba mis ausencias, porque cuando salía del pueblo, lo hacía en realidad para viajar un par de días a Buenos Aires, lugar desde donde llamaba por teléfono a mi amado en días y horas prefijados de antemano y permitidos en el presidio. Conversando fortalecíamos los vínculos de amor y en las claves convenidas hablábamos de los hijos y de los planes futuros.

A los seis meses de llegar al pueblo y en uno de mis viajes conocí a Fernando en el bar de un hotel del barrio alto de Santiago. El pareció encantarse conmigo y yo necesitaba un hombre para hacer el amor, sólo sentí atracción sexual y simpatía por este ganoso varón que parecía pasarlo bien, cumplía con dignidad su tarea y yo quedaba tranquila. - ¿Qué más pedir? - Desde entonces nos encontrábamos una vez al mes y sólo por un día. Mi cuento era que estaba casada y que vivía en

Concepción.

Siempre al llegar del pueblo a Santiago para de allí viajar a Buenos Aires, literalmente me soltaba el pelo, ponía tacos altos y vestidos que insinuaban con audacia mis encantos, entonces me ponía a caminar por las calles con una sonrisa a flor de labios disfrutando mi libertad. Consciente de mi porte acentuaba la forma de caminar sabiendo que los hombres veían pasar a una mujer de cuerpo voluptuoso, iba como si no me diera cuenta de lo que provocaba, gozosa de mi cuerpo y toda envuelta en sonrisas, coquetería y perfume, más que caminar deslizaba demorando un pie mientras extendía el otro sabiendo que a mi paso dejaba literalmente una estela de alegres rostros masculinos tentados de seguirme al sentir hervir la testosterona, provocados por las miradas risueñas que devolvía sin pudor a cuanto macho se cruzara en mi camino.

Había llamado a Fernando para que nos encontráramos en el Hotel. Sería la última noche y la última vez que estaría con él. Faltaba un mes para que Juan María saliera en libertad y debía armar toda una infraestructura para encontrarnos, escondernos, cambiar documentación y domicilio para después continuar nuestra vida de siempre. Mientras esperaba a Fernando no sabía si inventar un cuento o simplemente desaparecer de su vida. Total era casado, me había mostrado fotografías de su mujer y sus hijos. Además tenía que planificar mi partida del pueblo, pensaba hacerlo de manera imprevista, nada de despedidas y de agasajos, avisaría a mis hermanos a última hora de la noche, sería lo más prudente.

En la pieza del Hotel me preparé para la llegada de mi invitado, bañada, perfumada, vestida de manera casual y sensual. Tocaron el timbre, alegre salí al encuentro de ese hombre sustituto de mi hombre, abrí la puerta y lo vi serio, con dos hombres de pelo corto detrás de él.

Lo primero que dijo fue: - ¡Lo siento Ella María! - Soy de Interpol Chile, y estos señores de Interpol de Estados Unidos, hace tiempo te seguíamos la pista. Con la última llamada que hiciste de Argentina a Milán te identificamos.

Lo último que dijo fue: - ¡Me habría gustado haberte conocido en otras circunstancias!

Nunca más lo volví a ver, y tampoco a mi amado Juan Marías, él no puede entrar a Estados Unidos y yo estoy condenada por varios años en una cárcel de Ohio muriéndome de frío y anhelando el calor de mi amado.

- ¡No me arrepiento de nada, asumo las consecuencias de mi libertad y mis opciones!



Relato.03

Esperando el pésame

Nancy Olivero León

Los silencios, los seños adustos y las ya conocidas frases de cercanía y consuelo, en conjunto con palmadas en la espalda, eran parte del ritual funeral con el que nunca se había sentido cómodo, y ahora debía prepararse para ser actor principal de la puesta en escena de este difícil proceso. De a poco fue soltando la mano de Rita, la observó con ternura, había llegado a ser una mano en la que se notaban todos los huesos, venas y cartílagos, e iluminada por la tenue luz de la lamparita parecía transparente. Se había quedado dormida después de la dosis de potentes analgésicos. En silencio retiró un poco la silla del borde de la cama y se tomó la cabeza, reflexionando sobre el peso de lo que se había comprometido a hacer. Esta devastadora enfermedad había convertido a su vital esposa en un ser dependiente, débil y con padecimientos corporales constantes. Hacía tiempo que ella le estaba implorando que la ayudara a poner fin a su vida, pues ya no resistía darse cuenta de su estado y sufrir cada día un dolor creciente y de acuerdo al pronóstico medico sin esperanzas de recuperación. Él se resistía a tomar esa decisión, pero tenía el consuelo que al poner fin a la vida de su mujer, ella descansaría y él podría de a poco retomar la suya, incluyendo su trabajo que había dejado de lado para poder cuidarla.

Habían analizado todo, no habría culpable, por su estado y las drogas que los facultativos le indicaban le habían advertido que podría sobrevenir un infarto, los detalles estaban conversados.

Había investigado en la web y se sorprendió al encontrar múltiples anuncios de ventas de drogas para ese fin. Ya las había adquirido y habían fijado el momento, sería la noche siguiente. Se vio sorprendido por la serenidad con que Rita había solicitado una cena de despedida en la que solo estarían ellos dos y Ana, su única hermana, la que desde el inicio de su enfermedad había estado a su lado.

Ella había vivido mucho tiempo en camisas de dormir y batas por lo que esa noche especial quiso vestir un traje elegante, algo de maquillaje y unas pocas joyas. Al ayudarla a ponerse de pie pudo ver el encaje del borde de su enagua, se estremeció por este detalle de femenina coquetería, y rememoró viejos tiempos. Se instaló en el comedor en donde su hermana correteaba entre la cocina y el comedor portando platos, copas, servilletas y deliciosas comidas en las que había trabajado durante la jornada, Ana nerviosa ocasionalmente cruzaba miradas con él, pero no intercambiaron palabras, mientras servía había cierto temblor en sus manos,

en un momento en la cocina rozaron sus brazos: sus mejillas se encarnaron. Rita irradiando tranquilidad hizo lo posible por disfrutar la comida y saboreaba pequeños bocados, tratando de sonreír y rememorar otros felices momentos compartidos.

Y llegó el momento.

Las drogas estaban diluidas en un aromático té de hierbas que era su favorito, en el dormitorio la ayudaron acostarse y de a poco lo bebió todo. Dijo: Gracias, los amo, y se dispuso a dormir para siempre.

El esposo y la hermana en silencio volvieron a la mesa, no sabían que decir, de pronto él notó que a ella le temblaba la barbilla y asomaban en sus ojos lagrimas que de pronto se desbordaron como cascadas, al tiempo que se paraba, tomaba su abrigo y bolso y corría hacia la puerta, él la siguió, la abrazó con fuerza por la espalda y en medio del dolor compartido el comenzó a besarla en el cuello, en el pelo, la espalda, sus manos estrujaron sus pechos, ella se dio vuelta y se estrecharon en un abrazo convulsionado por los estertores de ambos llantos, se besaron desesperadamente, se recorrieron con avidez y a medio sacarse la ropa se tiraron en el sillón y se entrelazaron con violencia, no con la ternura y delicadeza con que siempre lo hacían; quedando al fin exhaustos después de un violento orgasmo compartido con fragmentos de dolor, de culpa, de rabia y el alivio de saber que desde ese momento estaban en libertad para amarse. Sin palabras, agotados, tirados, a medio vestir al fin se durmieron.

Las luces de la habitación habían permanecido prendidas, de pronto él despertó sobresaltado al sentir que le tocaban la espalda, sorprendido se dio vuelta y vio a su esposa en camisón parada junto a él... quedó sin respiración, sintió un pánico indescriptible, se incorporó, estaba mudo, no sabía que decir, ella de pie algo temblorosa afirmada del sillón, parecía no darse cuenta de lo que allí había sucedido, lo miró tranquila y le dijo:

La droga no resultó, creo que fue otra de las estafas por internet, por favor mañana consigue otra.

Y afirmándose por las paredes se dirigió de vuelta a su dormitorio.



Relato.04

Carta a la Madre

Carlos Cabezas Gálvez

Te escribo esta sentida carta, para decirte que tú fuiste la primera persona que apareció en mi vida, que me acunaste desde niño y que creía que eras la mejor madre del mundo.

Debería ser esta carta plena con el mayor sentimiento del mundo y creo que así debería ser, como el buen hijo que siempre me dijiste que era contigo.

¡El mejor hijo del mundo!

Recuerdo cómo te alegraste cuando a mis ocho años llegué contento con un dinero y tú me abrazaste y me besaste.

Recuerdo que te pasé el dinero y no me hiciste ningún reproche por haberlo robado al almacenero de la esquina.

Recuerdo que, al contrario, me incentivabas a que siguiera robando y así siguieron los años.

No me castigabas ni te preocupabas el por qué llegaba tarde por las noches, porque el dinero que traía a casa cada vez era más grande en cantidad.

Nunca me aconsejaste que, andar en malos pasos y con malas juntas, algún día tendría que pagar muy caro por ello.

Ahora, estás sentada en una sala, muy cerca de mí, sin poder hacer nada por mí, junto a grandes autoridades y señores de la justicia.

¡Estarás pensando en que nunca me hiciste ver lo que era el bien y era el mal!

Ahora estás sentada en una pequeña sala esperando y nunca te preguntaste.

¿Amé a mi hijo, por ser mi hijo o por el dinero que traía a casa?

Madre, lo único que puedo preguntarte es ¿Por qué no me castigaste desde el primer día que llevé dinero robado a nuestra casa?

Tal vez ese fue el punto de inflexión entre el bien y el mal, de lo que pude ser y lo que soy ahora.

Ahora a mis veinte años, edad suficiente para ser condenado a muerte por todas las violaciones y crímenes que hice en mi corta vida ya no puedo volver atrás.

Madre, pudiste detenerme y no lo hiciste y ahora yo no puedo detener mi ejecución.

Madre, te odio con todo mi corazón.

Tu ambición al dinero y tu hipocresía me han condenado.



Relato.05

La mujer y el espejo

Gloria Cordero Valle

La mujer sostenía en sus manos el espejo, mientras con la otra procedía a maquillarse, se terminó de delinear un ojo, y se quedó observando su imagen con detenimiento, pensó en lo maravilloso que es poder ocultar con una capa de pintura un rostro, que además de reflejar el paso del tiempo, se puede leer en éste las vivencias.

Ya hacía un año que había quedado sin trabajo, el cual además de proporcionarle satisfacciones, una estabilidad económica y por ende emocional, era como una segunda gran familia, donde sólo llegaba a trabajar en algo específico. En cambio en su casa, debía ser el gerente de una familia más reducida, pero con sus complejidades y responsabilidades, a las que todavía no se había podido adaptar. Para empezar, odiaba la cocina, el aseo nunca se lograba mantener totalmente, para que decir las finanzas, los gastos eran mucho más que las entradas. Parecía que la obligación de mantener la paz y armonía en el hogar había recaído en ella, y no podía evadirla, porque como mujer, la culpa la envolvía. Empezó a darse cuenta cual era el sistema de vida de cada uno de los miembros de su familia, todos independientes y ya tomaban sus propias decisiones. Entraban y salían, sin comunicar a donde iban y si regresaban o no, si comían en casa o donde los amigos. Una pareja de adolescentes y su esposo, eran personas, en esta nueva etapa de su vida, perfectos desconocidos para ella.

Mientras cavilaba en estos pasajes de su vida, que más parecía una encrucijada, ya que aparentemente debía asumir los papeles de padre y madre a la vez. Aún mantenía el espejo aferrado cada vez con más fuerza en su mano, paso por su mente lanzarlo con la pared, pero prefirió seguir analizando su rostro al otro lado del espejo, por ejemplo, la diferencia entre un ojo delineado y el otro en forma natural, pensó en que siempre debía adoptar una doble personalidad, dependiendo del lugar y situación en que se encontraba, ahora debía ser comprensiva y valiente para enfrentar su nueva situación, también se había dado cuenta de que necesita compartir con las personas, y que debía aceptar actitudes poco y nada amistosas, y por cierto, inesperadas para ella, para entender estos cambios bruscos en los seres humanos que la rodeaban, comenzó a leer y empaparse de la disciplina de la psicología. De hecho en su actividad de venta de cosméticos, conoció a dos psicólogas de profesión, con las cuales se enfrascaba en profundas temas existenciales, de hecho pensaba que había equivocado su

profesión, disfrutaba con estas conversaciones.

Observó su mirada, sus ojos sin expresión, sus ojeras, había subido unos kilos, su cara estaba más redondeada. La incertidumbre había cambiado su rostro, le preocupaba el futuro de sus hijos impregnó su rostro con una capa más de colorete, seguía sin retirar el espejo, como esperando una respuesta a sus interrogantes, o una luz que iluminara su mente, alguna idea brillante, ¿tal vez... un buen negocio?

De pronto sintió abrir la puerta, alguien había llegado, dejó el espejo suavemente sobre el escritorio, y bajó sigilosamente las escaleras, pero sólo unos peldaños, de manera de saber quién era la visita y que se le ofrecía. Era la vecina que vivía a mitad de cuadra, y estaba complicada con un desperfecto en su baño. Su esposo además de jugar en el computador, fumar y contaminar la casa, se dedicaba a realizar trabajos esporádicos de gasfitería, era un adolescente más en casa. No notaron su presencia, por lo cual, la vecina salió presurosa nuevamente a la calle, y él fue a buscar su maletín, y la siguió.

La mujer volvió a su escritorio a terminar de maquillarse, y prepararse para salir a vender sus cosméticos, sin antes mirarse nuevamente al espejo, para expresar la siguiente frase en voz alta a su nueva imagen... ¡algo no está bien!

Bajó al primer piso, y sobre la mesa había un llavero que no reconoció, el cual tomó rápidamente y se dirigió a devolverlas a la supuesta dueña. La puerta se encontraba cerrada, utilizó las llaves que llevaba. . Seguramente la vecina había salido tan apurada de su casa, que dejó la puerta abierta,- pensó-, por lo cual no se percató de la falta de sus llaves. Procedió a entrar sigilosamente, presintiendo algo, pero ya estaba allí, no podía volverse atrás, no se escuchaban ruidos, pero de pronto sintió el más terrible, risas y jadeos, subió por las escaleras, tratando de evitar el crujir de cada escalón de madera, que surgía ante la presión de su peso, pero éstos no parecían ser oídos por los supuestos amantes, en su fuero interno hubiera deseado que estas expresiones provinieran de una telenovela o película transmitida por Netflix, logró llegar al segundo piso, donde su cuerpo palpaba la realidad, la puerta estaba entreabierta, su corazón latía de prisa. Hubo unos segundos en que pasaron por su mente los años de matrimonio.

No se había casado enamorada de su esposo, pero los unía una larga lucha de veintiséis años de matrimonio y dos hijos, mucha lealtad y trabajo de su parte, para sacar adelante a su familia, realidad de la cual se había dado cuenta en ese tiempo de cesantía, la desidia de su compañero de vida y ahora estaba a punto de descubrir que jamás le fue leal. Perdió su trabajo y ahora perdía a su esposo. Pero no estaba segura si perdía realmente.

Su mano tomó el picaporte y con suavidad abrió la puerta dejando al descubierto una verdad dolorosa, que la dejó paralizada. Pero se dio cuenta en ese momento que nunca llegó a amarlo, había tenido muchas posibilidades de serle infiel, pero

por alguna razón, o por enseñanzas de cuna, siempre lo respeto, a él y a sus hijos. La amante y su marido cubrieron sus cuerpos desnudos, ella se dirigió a las escaleras, las que bajó sin prisa, dejó las llaves de su vecina sobre la mesa y se dirigió a su casa. Sólo sintió dolor por los años perdidos al lado de este hombre. Fue a su casa y comenzó a sacar sus prendas de vestir, las depositó en una bolsa y las fue a dejar a la casa de su amante, le pidió las llaves de su casa a su esposo, el cual aún sorprendido, las dejó en su mano y se retiró. Su amante, sin embargo, replicó descaradamente que su marido estaba por llegar, mientras ella ya estaba en la calle. Las vecinas se asomaron y la vieron alejarse sin voltear la cabeza, abrir la puerta de su casa y desaparecer tras ella.



Relato.06

La pobreza

Angélica Oñate

Este era un hombre que vivía en un campamento en la periferia de una gran ciudad. Tenía cuarenta y cinco años, casado y padre de tres hijos; moreno, corpulento y un tanto solitario. Últimamente bebía mucho y siempre estaba quejándose de todo y por todo con fuertes reprimendas; y no medía las consecuencias de sus actos. Por aquel motivo cuando los niños lo veían venir se ocultaban para no escuchar sus quejas, pero la esposa era quién recibía estos maltratos innecesarios.

Un día, en un arrebato, él dijo:

— ¡Yo sí que conozco la pobreza! Hoy por la mañana camino a mi trabajo la vi vestida con harapos, sacando comida de los contenedores de basura; con las manos partidas, sus zapatos desgastados, tiritando de frío y hambre.

Al escuchar esto, los hijos comentaron entre ellos sobre cómo puede afectar la mente el alcohol.

— ¡Pobre papá! —dijo el más pequeño.

—Sí... para decir semejantes barbaridades —contestó el hermano mayor.

Un día, como de costumbre, Alonso, el hijo mayor de esta familia, iba al colegio muy preocupado por no lograr comprender todo lo que estaba pasando en su hogar. En eso escucha que alguien lo llama por su nombre, levanta la cabeza y allí estaba al papá de su mejor amigo.

—Sube —le dice el hombre—, te llevo, ¿vas al colegio?

Alonso observa hacia el interior del vehículo y ve a su amigo Rafa sentado en el asiento trasero comiendo un pan con jamón.

—Sí, claro —le contesta.

— ¿Ya encontró trabajo tu papá, Alonso?... porque en eso de vender cachureos no creo que le alcance para mucho. Lo divisé de lejos el otro día y me dio la impresión de que iba curao el hombre... ¿habrá sido ese el motivo del despido de su trabajo? ¿O está enfermo? ¡Ah, mira!, llegamos a tu colegio —exclama—. Dile a tu papá que me llame, yo le puedo buscar algo más rentable allá con los cabros en la Vega.

—Chao —dice Alonso, despidiéndose —rápido Rafa ya están casi atrasados le dice él hombre.

—Chao —contesta el Rafa aun masticando el pan, después el vehículo se aleja de allí con lentitud.

Alonso no entendía nada de ese vendaval de cosas que había escuchado acerca

de su padre, permaneciendo parado en la puerta del colegio sin saber qué pensar de todo esto.

—Despierta, despierta niño —le dijo el porteo—, ya van a entrar a la sala y tú durmiendo parado a la entrada del colegio.

Durante ese mismo día, preguntando por aquí y por allá, se formó una idea de qué era la pobreza y que la mayoría de las personas la asociaba a la carencia de bienes materiales. Por lo mismo, tal idea quedó rondando en su mente preguntándose cuál sería la pobreza que había visto su papá, imaginándose a una persona triste con hambre y vestida con sucios harapos. Tanto así que un día decidió no ir al colegio y seguir a su padre y así saber cuál era el motivo de sus mentiras.

Tres días más tarde, en vez de ir al colegio, se escondió detrás de unos arbustos y esperó montado en su bicicleta a que su padre saliera a trabajar. Éste salió unos cinco minutos más tarde y se dirigió a la casa del compadre Lucho, vecino a unas tres cuerdas, con el que últimamente se le veía muy seguido. Y después salió de allí montado en un triciclo, dirigiéndose hacia el oriente.

—Alonso sigue a su padre a una distancia prudente para que él no lo viera.

El hombre se detiene en los primeros contenedores que encuentra; allí los abre y comienza a registrar, y a sacar, algunas cosas que va guardando en el triciclo.

El niño se detiene unos cincuenta metro más atrás, esconde la bici y observa a su padre en aquella labor; con mucha tristeza comienza a entender, el asunto de la pobreza que el padre hablaba ;en ese instante se estaciona el triciclo junto al contenedor que quedaba más cerca del adolescente y repite la misma acción anterior. Alonso para no llorar, con sus frías manos tapo su cara con pena y asustado de que su padre no lo descubra en aquel lugar tan alejado de su casa. El hombre saca un carro de feria roto, cartones, un teclado de computador, Y hasta algunos juguetes, Se sube al triciclo y continúa la marcha hacia el oriente y siempre en lugares más acomodados, él ve a su papá alejarse ; pedaleando con mucha dificultad aquel triciclo lleno de cachivaches. Decide no seguirlo más y con el corazón herido vuelve a su casa.

A media tarde, cuando su padre llega a la casa. Alonso se acerca él y le da un abrazo. El padre, extrañado, le pregunta a la mamá: “Y a éste... ¿qué le pasa?”. Su mamá dice que no sabe. El hombre se agacha y le pregunta: “¿Qué te pasa?”. Entonces el niño, con lágrimas en sus ojos, le dice: yo también he visto la pobreza de la que tú hablabas; hoy te seguí y vi lo que estás haciendo; porque no nos dijiste que perdiste tu empleo. Después de la cena y antes de acostarse, el hombre comenta que al día siguiente saldrá a buscar trabajo y Alonso le dice: ¡AH! el papá del Rafa quiere conversar contigo para ver la posibilidad de una peguita en la Vega.

Entonces él se traga su orgullo y les pide perdón.



Relato.07

Villa Oveja Mansa

Elizabeth Carrizo Catalán

La opinión pública estaba al rojo vivo, la muchedumbre anduvo gritando por un tiempo, con pancartas y algunos actos públicos para llamar la atención; incluso la televisión estuvo transmitiendo estos sucesos. Luego de diversos debates sobre cuál sería el mejor castigo para el espantoso crimen de una lactante por parte del desalmado padrastro, otros acontecimientos tan o más escabrosos ocuparon la atención de la gente, hasta que todo fue quedando en calma, se olvidaron de la terrible violación y asesinato.

La Villa Oveja Mansa, se caracterizaba por ser un poblado de gente tranquila y trabajadora. De vez en cuando se sabía de algún hecho violento aislado, pero nada tan horrendo como el crimen cometido hacía unos pocos meses. Aquello había trastornado la apacible vida de la población.

Luego que el abogado -otorgado gratuitamente al acusado- hiciera una férrea defensa, diciendo que el hombre había actuado bajo los efectos del alcohol y otras sustancias alucinógenas, “La justicia” lo condenó a algunos años de presidio, que se redujeron ostensiblemente, por las muchas artimañas utilizadas por su defensor, que también le aconsejó decir que estaba arrepentido de lo sucedido, que todo era culpa del alcohol. Además, el asesino permaneció en un recinto protegido para asegurar su integridad, pues tenía derecho a ello, y por su buen comportamiento en unos pocos años, se le vería libre por las calles mirando de soslayo, con una mirada torva y despreciable, igual que en el juicio.

En Villa Oveja Mansa nada dijeron. Ni una sola protesta por el fallo, nadie lloró, ni reclamó, ni un solo insulto recibió el criminal. La gente parecía estar en un estado de pasividad extrema, como si nada les importara, ni siquiera la vida de aquella pobre criatura. Pero algo había en la mirada aparentemente perdida de sus habitantes. Se miraban unos a otros, como comunicándose en algún extraño lenguaje.

Pasados cinco años del brutal crimen, movimientos inusitados rompieron la tranquilidad de esa noche oscura y fría del recién iniciado otoño. Alguien averiguó la dirección del criminal ya libre y entre tres hombres lo secuestraron llevándolo a un lugar previamente determinado. Era una antigua construcción deshabitada. Allí los esperaban seis personas más, cada una con una clara y ordenada misión. Sin decir ni una palabra ataron al tipejo inmovilizándolo, vendaron sus malvados ojos, lo amordazaron casi sin dejarlo respirar. Afuera tenían algunos vigilantes vestidos de riguroso negro. Sólo una luz pálida y mortecina alumbraba el

ajusticiamiento. Rápidamente el carnicero del poblado, hizo unos cortes certeros que dejó castrado por completo al criminal, sólo un agujero le quedó para orinar. Luego cayeron los diez dedos de las manos. Un grito horrendo y ahogado, como agónico estertor, se mezcló con el ruido del motor del vehículo en que trasladaron al hombre sangriento. Envuelto en trapos y bolsas de basura lo dejaron tirado en la puerta del hospital.

Se realizó una investigación en Villa Oveja Mansa, pero por más que buscaron y buscaron, nada pudieron encontrar. Nadie había visto ni oído algo fuera de lo común, no había testigos, ni una huella, ni una gota de sangre, nada. Además, el criminal había corrido con suerte; ya que lo habían salvado, pero estaba castrado y sin dedos. Él tampoco sabía quién lo había atacado de forma tan cruel, sin piedad alguna. La policía no tenía sospechosos, ya que nadie lo había amenazado, incluso de otros pueblos se decía que en esa Villa eran todos unos pobres cobardes, que le hacían honor al nombre. Que no eran capaces de protestar, ni de luchar por sus ideales o de exigir justicia para alguno de ellos. Que el reciente caso del crimen alevoso de una criatura, lo confirmaba, porque fueron los únicos que no reclamaron ni opinaron y aceptaron el fallo sin chistar.

-¿Pero quién habrá hecho algo tan terrible? –comentaban los lugareños aparentemente sorprendidos por tanta violencia desatada en su tranquila comunidad.

-¡Quién sabe! –Contestaban otros- nadie tiene el derecho de tomarse la justicia con su propia mano, menos de forma tan salvaje creo yo –decían unas señoras horrorizadas, pero con una sonrisa de malicia muy disimulada en sus caras.

-Bueno, quizás sí sea justicia divina ¿No creen? Puede haber bajado un ángel vengador, enviado por Dios para que la niña tuviera por fin verdadera justicia... –comentó un anciano mirando al cielo.

-¡Vecinos! –Dijo un joven estudiante- les aconsejo una lectura para que estén más tranquilos en sus casas. Hay una historia que les va a gustar..., se llama “Fuenteovejuna” de Lope de Vega y cualquier semejanza, con nuestro pueblo es pura coincidencia no más –agregó guiñando un ojo.

Todos los vecinos, hombres y mujeres, jóvenes y niños, caminaban por las calles tranquilos y con una tenue sonrisa, como disimulando alguna alegría escondida.

No se investigó más el caso, al menos no en ese pueblo tan manso y aletargado. Después de todo, los rumores parecían ser ciertos. Eran como mansas ovejas.

